

CARTA NOVENA

Elección de delegadas educadoras. — La señora viuda Lambert y la señorita Galtié. — Orden del día á mis dos auxiliares. — La cuestión de las recompensas. — Triple carácter de la educación de los niños : realista, disciplinada, alegre. — Breviario de máximas para el educador. — Greca final.

No se me volverá á ocurrir, Francisca, intercalar en mi correspondencia novelas pedagógicas, á la manera del filósofo ginebrino...

Comprometido por ti y por tu cuñada, he tenido que pasar quince días buscando, para Simona y Pedrito, intermediarias capaces de aplicar el sistema de educación metódica preconizado por el filósofo ginebrino. He elegido dos mujeres : una de ellas, ex-auxiliar de una escuela libre secundaria, se dedicará exclusivamente á tu hijo; la otra, en posesión de un certificado de estudios nada más, pero que ya ha educado, con resultados envidiables, á un niño, y niño difícil, se encargará de Simona. Hemos acordado que Simona y Pedro tomarán en común todas las lecciones y jugarán juntos la mayor parte de las veces.

La profesora auxiliar, señorita Galtié, dirigirá los estudios. La señora viuda de Lambert (maestra primaria) se dedicará más especialmente á vigilar los juegos y á las lecciones de cosas. Creo no perderemos el beneficio considerable de la educación en común, que estimula la atención, evita el aburrimiento y provoca la emulación.

La señorita Galtié es una mujercita morena, delgada, notablemente activa, un poco pedante, pero de espíritu muy abierto y que, lealmente, me ha prometido la aplicación estricta de nuestros métodos. La señora Lambert es una

especie de *nurse* francesa que ha aprendido y practicado en Inglaterra la disciplina de la educación infantil; posee ademanes distinguidos y, sobre este punto, enseñará á la señorita Galtié modales un poco... meridionales. La colaboración de ambas en la educación de los dos niños será, indudablemente, eficaz, pero á cambio de ser duradera. ¡ Y de que sea duradera se encarga mi autoridad de intendente superior !

Yo he celebrado estos días varias conferencias con mis dos auxiliares y, en el curso de ellas, les he repetido y comentado el contenido de mis cartas precedentes. Luego de haber agotado el tema de la última, que termina con el asunto de los castigos, hemos abordado el de las recompensas.

Señoras — les he dicho —; sobre este punto como sobre otros muchos, me separo del director de Emilio. Contar con el solo atractivo de la virtud para obligar á los niños á obrar bien, es demostrar más puerilidad que los mismos niños. Como los hombres, de los cuales son una imagen reducida, los niños sienten el atractivo del bien; pero, como los hombres, buscan primero las alegrías positivas de la vida y la satisfacción del amor propio. ¿ Por qué proporcionar dificultades en la educación? ¿ Por qué privarse de los poderosos medios de acción que se pueden emplear útil y honradamente? Esas cruces, esas inscripciones, esas clasificaciones, esos premios empleados en las escuelas, yo consentiría en suprimirlos siempre que se excluyesen también en la vida de los hombres. Pero en tanto que las sociedades organizadas empleen honores y recompensas materiales para excitar el esfuerzo de los ciudadanos, no excluiré de mis procedimientos de educación los honores ni las recompensas materiales. Porque, inversamente al gran ginebrino, yo pretendo educar basándome en lo real y no en sueños. Y, si ustedes quieren, nosotros seremos educadores realistas.

¡ Sobre todo, durante la primera infancia !... Cuando Simona y Pedro hayan pasado « la infancia de la infancia » podremos comenzar á hablarles de abstracciones. El bien y el mal tendrán para ellos alguna significación. Actualmente no debemos hacernos ilusiones; el bien es lo que se les

permite; el mal aquello que se les prohíbe. La gitanita de diez años, á la cual obligan sus padres á asaltar los gallineros para robar huevos, recibe golpes si no consigue robarlos. Y ella está convencida de que es bueno robar huevos.

Sirvámonos de esta maleabilidad para inspirar al niño sanos hábitos morales; pero no perdamos el tiempo haciéndoles discursos sobre la virtud. Un fuerte sentimiento de equidad desarrollado muy rápidamente en el niño bastará para hacerle comprender que si falta á los principios afirmados por la palabra y el ejemplo de los maestros, le castigan, y, si los observa, le recompensan.

— Permítame asegurarle — interrumpió la señorita Galtié — que, en mi carrera de profesora, he encontrado ciertos niños de menos de siete años, que tenían positivamente el gusto del bien.

— ¿Está usted segura, señorita, que no era el gusto (excelente y recomendable por lo demás) de complacer á usted y á los que le dirigían? Perdóneme que deshaga sus creencias; pero estoy seguro de que esos niños habrían sido perfectos ladrones de gallinas con tal de complacer á una mamá gitana. Nosotros, sin embargo, nos guardaremos muy bien de desdeñar el medio de acción que señala usted; pero sin hacer de él un principio decisivo. Lo mismo que decimos á nuestro discípulo: « Si haces lo que te he prohibido, te querré menos... » le diremos: « Si haces lo que te mando te querré más... » Fórmula excelente, porque expresa algo preciso, concreto, que ilustra el gran principio, « Todo se paga » esencial en la educación moral de los niños.

Para excitar á los pequeños á obrar bien contaremos, pues, con su amor propio y con su deseo de adquirir ventajas positivas, todavía más que si fueran hombres. El amor propio, el deseo de ser el primero, de que le elogien es, frecuentemente, muy vivo en el niño y lo expresa con ingenuidad de niño salvaje. Por lo tanto, les ruego, señoras, que empleen este excitante con tacto y discreción. En una clase numerosa, la emulación se establece por sí sola y el sentido igualitario de los niños pugna por alcanzar á los premiados... Ustedes no tendrán aquí más que dos discípulos. Guárdense

de proclamar la superioridad definitiva del uno sobre el otro. Sin faltar á la equidad encontrarán puntos en que Simona es superior á Pedro, y puntos en que éste superará á aquella. Procuren hacer de manera que no les desanimen y evitar toda exaltación del orgullo de cualquiera de los dos. Más que el resultado, elogien y recompensen la atención, el esfuerzo, el progreso...

Al llegar aquí, la señora Lambert me rogó que aclarara mi pensamiento con un ejemplo. Yo le respondí:

— Eso es lo que esperaba. Pedro y Simona hacen un ejercicio de recitado el martes. Pedro tiene dos faltas; Simona tres. Otro ejercicio idéntico el miércoles. Pedro tiene todavía dos faltas; Simona dos también. Á

Simona, pues, hay que proclamar como vencedora y recomendarla, porque ella es la que ha progresado.

— ¿Y qué recompensa debemos darle?

En las escuelas, la proclamación pública de la victoria es una y también inscribir el nombre en la pizarra, los premios. Cuando sólo se educa uno ó dos niños, un « está bien... » ó un: « está mejor que ayer... » constituyen recom-



... El mal aquello que se les prohíbe...

(Pág. 108).

pensas á las cuales ningún niño es insensible, á condición de que no se prodiguen y se distribuyan con cierto aparato de seriedad. Cuando el esfuerzo ha sido más intenso y el resultado más considerable, es lícita cierta publicidad familiar. Todas las familias conocen un personaje cuando menos que representa para ella la intelectualidad, un escritor, un sabio, un académico, aunque sea provinciano. Será, pues, una recompensa, llamar al niño oportunamente á presencia de ese personaje y decir : « Aquí tiene usted un niño — ó una niña — que ha trabajado mucho estos días. »

Pero lo repito, aunque ustedes ya lo saben : la administración de recompensas de amor propio es muy delicada, principalmente si el orgullo infantil no está excitado por la influencia igualitaria de numerosos compañeros... Y, así, nos vemos conducidos á pensar que las recompensas materiales, menos nobles en principio, son quizás más « morales » al menos en la primera infancia. Y con mayor motivo si un educador juicioso se aplica á excluir toda bajeza, toda vil concupiscencia.

— Le ruego — interrumpió la señorita Galtié, que nos explique cómo.

— En primer lugar, señorita, nada de recompensas en dinero. Un día, tendrán que aprender los niños el empleo del dinero; pero esto no debe ser hasta los siete años. El niño metalizado me repugna y he observado que es fácil hacer avaro á un niño.

Yo no permitiré, pues, á éstos que ahorren, á no ser que destinen sus ahorros á hacer limosnas. No me acuséis de hacer aquí una concesión á esa sosería moral en la educación, sosería que yo condeno siempre y que me disgusta. No quiero niños metalizados, y, sin embargo, el ahorro, en el adulto, es una de las formas del orden. Conviene que el niño se habitúe al ahorro, evitando que se haga avaro prematuramente. Hay que hacerlo, al mismo tiempo, ordenado en sus gastos y caritativo. Pero no le soltemos esos largos discursos sobre la caridad de que están plagadas las historietas para niños. Provisionalmente nos limitaremos á

decirles : « Un pobre es un sér al que se da limosna. » El sistema de obligar á ahorrar por medio de la limosna, es excelente. Ensáyenlo.

Las recompensas materiales que se pueden prometer á los niños son un paseo, un juguete, un permiso y algunas veces — no con frecuencia — una golosina. Pero la elección de recompensas debe sugerirlas el carácter de cada niño. Mucho antes de cumplir los siete años todos los niños indican ingenuamente lo que más prefieren y desean : hay que tener esto en cuenta. Inversamente, el educador debe sugerir al niño la idea de que ciertas cosas útiles son recompensas : visitar un monumento, escuchar una lección de historia, comenzar un determinado estudio. El niño es sugestionable en alto grado y hay que aprovecharse de esta disposición para trabajar en bien suyo.

— Yo puedo — dijo la institutriz — confirmar un ejemplo de lo que usted dice. He dirigido, durante mi carrera, una clase de doce discípulos, un poco mayores que Pedro y Simona y que ya sabían escribir. Como recompensa les ofrecía copiar verbos en un bonito papel con adornos y títulos preparado por mí. Mis discípulos consideraban como premio lo que en las clases vecinas era un castigo.

— Señorita — le repliqué — su idea es admirable : nunca se usará bastante en la educación de los niños y en el gobierno de los hombres. Somos muy sencillos á *la conven- ción del placer*... Yo mismo pasaré la velada de hoy en compañía de trescientas personas, en una fiesta de embajada que no divertirá á nadie; pero está convenido que es una fiesta.

Estamos, pues, de acuerdo sobre los procedimientos de educación física, intelectual y moral de nuestros dos discípulos. Ustedes los cogen cuando están próximos á cumplir siete años. Hubiera sido preferible encargarse de ellos á la edad de la hermana de Pedrito, la deliciosa Francisca II, que acaba de cumplir nueve meses y cuya formación metódica ha comenzado — así puede decirse — desde el día mismo de su nacimiento... Sin embargo, todavía no es demasiado tarde para corregir con un sabio método la educación

desordenada que han recibido estos dos niños. Sólo que tendrán que poner ustedes un poco más de esfuerzo.

Al entregar á ustedes sus discípulos quisiera resumir para ustedes lo que me parece deber ser el triple carácter de la educación de los niños.

La educación de los niños debe ser realista, disciplinada y alegre.

« Realista » : nada de abstracción, ni de grandes discursos morales, nada de llamamientos á una sensibilidad que todavía no existe ó que, cuando menos, aún no está organizada. Afirmaciones, ejemplos; convencerles, mediante una justa severidad y equitativas larguezas de que todo se paga, lo mismo el mal que el bien... Les criticarán, les dirán que rebajan el nivel de la educación. Rechazad con rudeza estas críticas; los que las hacen son tontos y, muchas veces, hipócritas. No abandonaremos la formación de la sensibilidad de nuestros discípulos; pero esperaremos, para ello, á que nazca.

« Disciplina » : en ella se encierra toda la cultura del niño. Aunque no aprenda más que á obedecer, á doblegarse sin protesta á la regla de cada hora y no sepa nada más, está más adelantado en su formación que un niño indisciplinado que delectee sílabas y chapurree dos lenguas.

« Alegre », por último. La alegría tiene su importancia. Debemos procurar que la infancia no sea triste; la educación debe despertar en el niño el amor á la vida. Afearla en torno de la infancia y pronunciar ante ésta máximas pesimistas, es un crimen de la educación. La vida, buena ó mala, según como se mire, es inevitable. Uno de los mejores medios para no sufrir mucho consiste en acostumbrarse á provocar inmediatamente, contra la suerte adversa, una reacción de ánimo, de optimismo práctico... Gracias á ustedes, señoras, el trabajo, los juegos, la vida misma, deben ser para sus discípulos *objetos de alegría*. Fomenten ese gusto que tienen los niños de aclamar la vida, de saltar — como David delante del arca — en presencia de la vida.

El « déjame tranquila » es la fórmula de los padres perezosos.



.. Yo no les permitiré que ahorren, á no ser que destinen sus ahorros á hacer limosnas... (Pág. 110).

* * *

Dichas estas memorables palabras, entregué á cada una de ellas un ejemplar, copiado de mi puño y letra, de un humilde trabajo que, el día antes, había hecho á propósito. Era simplemente el resumen, bajo forma de máximas, de las nueve primeras cartas que te he escrito, querida sobrina, sobre la educación de los niños, desde que nacen, hasta los siete años. Si me lo permites voy á hacer una tercera copia al final de esta carta, la última que concierne á la infancia de la infancia.

MODESTO FORMULARIO REFERENTE Á LA EDUCACIÓN DE LOS NIÑOS

La infancia es toda una vida : como la vida tiene, tres épocas : infancia de la infancia, madurez de la infancia y decrepitud de la infancia.

* * *

¿Qué es educar á un niño?

Al primer examen es : colocarle en condiciones de ser lo más feliz posible.

Examinándolo más profundamente es : disciplinar sus fuerzas innatas para el mayor bien de él mismo y de la sociedad en que ha de vivir.

* * *

Una de las causas principales del desarreglo de la educación y de la mala educación, es la pereza de los educadores.

* * *

La educación no es « un fantasma » como dice Fenelón, es decir, no es una abstracción. Debe practicarse « en el plano

de la realidad » ; Abajo el romanticismo educativo ! ; Abajo las grandes palabras ! Estas son formas hipócritas de la pereza educadora.

* * *

Los hábitos innatos y los adquiridos se componen siguiendo la ley del paralelogramo de las fuerzas : al terminar la educación, el carácter del niño es el resultado de estos dos componentes.

* * *

Educación, tu nombre es paciencia.

* * *

Ideal de la educación física hasta los siete años : un rústico sometido á las reglas de la limpieza y de la higiene.

* * *

Cultura intelectual del niño hasta los siete años : se resume en la cultura de la atención.

Y ésta es la llave de oro de la primera educación.

* * *

Es malo hacer leer al niño en voz demasiado alta hasta antes de los ocho años.

* * *

El libro coloca una barrera entre la realidad y el niño : el niño que lee mucho verá las cosas á través del libro.

* * *

Es criminal enseñar lenguas extranjeras á los niños muy pequeños.

Lo importante es que posean un medio de comunicación verbal, amplio y suelto; que se les pueda explicar y que puedan ellos comprender gran parte de lo que se les dice. Es lógico enseñarles en francés la palabra « bandeja » antes de obligarles á saber en dos lenguas la palabra « taza ».

En cuanto á la pureza del acento, importa, ante todo, que pronuncien bien su lengua materna.

* * *

El niño, antes de los ocho años, próximamente, carece de sensibilidad organizada. Se sufrirán grandes desengaños fundando una cultura moral sobre esa base negativa.

* * *

Los dos agentes de la cultura moral de los niños son : la afirmación, — el ejemplo, — y lo que nosotros hemos llamado el sentido del « todo se paga », conocido también por la noción de la sanción

Nada de discursos á los niños sobre la moral. No los comprenden y la enseñanza de la moral pierde su precisión.

* * *

Toda la moral para la infancia : Obediencia; no mentir.

* * *

Castigos para la primera infancia :

Los golpes son peligrosos para la autoridad del educador y la formación moral del niño.

Las humillaciones deben infligirse con una prudencia extremada.

Las privaciones son el gran medio para la educación. De aquí la necesidad de estudiar las preferencias del niño, lo que excluye la pereza educadora.

* * *

La educación debe ser severa para el niño, en el sentido de que el perdón de una falta cometida es cosa excepcional.

* * *

Recompensas :

No excluir las del amor propio; dispensarlas con tacto.

Emplear con largueza las recompensas de recreos.

Hacer la vida de los niños disciplinada y alegre.

* * *

Como un dibujo, como una greca al final de un capítulo, voy á trazar al fin de esta primera parte de nuestras conversaciones, un retrato breve y resumido del niño de siete años « bien educado », tal como yo lo concibo :

Un galopin (ó galopina) robusto, temerario en sus juegos y curioso de los entretenimientos que la naturaleza ofrece á los campesinos de su misma edad : las plantas los insectos, los animales, el sol y el agua, la prensa y el arado. Con estas inclinaciones es un pequeño rústico.

Sin embargo, también es un pequeño rústico lavado y ordenado. Sabe que ciertas horas del día son para divertirse otras para divertirse disciplinadamente, otras, en fin, para la atención, para aprender á trabajar. Ha terminado por amar este orden y esta regla. Trabajar es para él una recompensa próxima que espera impaciente.

Su moral se resume en no mentir y obedecer. Su obediencia es estricta. Sabe que toda falta se paga, que el perdón se le concede muy raramente, que los progresos obtienen recompensas. Tiene el hábito, casi el esnobismo de la franqueza.

Jamás se le ha dado un libro : todo lo que sabe lo ha descubierto directamente, con la ayuda que, para adquirirlo, le ha prestado el maestro. El libro lo conceptúa también como una recompensa, como el signo de un ascenso deseado.

Sabe muy bien la lengua usual, — y no emplea ni solecismos ni provincialismos. Puede expresar todas las ideas que tiene. Puede comprender la expresión de todas las ideas cuya adquisición le es útil.

No sabe ni una palabra de idiomas extranjeros.

CARTA DÉCIMA

La fiesta de los siete años : su utilidad. — Proyecto de discursos. — Lo que significa la edad de siete años. — Lo que modifica en la educación. — El discernimiento. — La conciencia. — Se permite al niño pasar los umbrales del libro

Hemos admitido, querida sobrina, que la primera época de la infancia — la infancia de la infancia — termina á los siete años, próximamente.

Hoy abordo el período siguiente, « la juventud de la infancia », de los siete á los doce años. Y escojo para abordarlo el momento en que Pedrito, tu hijo, al que Simona precede de cuatro semanas en « el océano de las edades », cumple los siete años.

Pedrito cumplirá mañana siete años. Yo te he aconsejado que solemnices la celebración de este septenario. Creo que la importancia de ciertas fechas debe marcarse á los discípulos con aparato deslumbrador que excite su imaginación y se imprima en su memoria.

Pero este proyecto suscitaba una dificultad. Simona y Pedrito están instruidos en común. El nuevo régimen aplicado por la señorita Galtié y la señora viuda Lambert, régimen inflexible sobre el capítulo de la obediencia y veracidad, en el que ninguna falta está exenta de sanción y en el que el perdón es excepcional, unido á una firme disciplina física y á una educación del espíritu mejor adaptada, más entretenida, ha ido dando poco á poco razón de los nervios de la señorita Simona Laterrade... Pero hay que desconfiar de las sorpresas del genio, preverlas y, hasta que la edad fortifique sus pobres débiles nervios, evitar todo lo que pueda el exasperarlos.